

enumera en las páginas 102 y 103 no incluya ningún libro de investigación concreta que aplique esas supuestas teorías postsociales para ver cómo la mediación discursiva «reconceptualiza» la realidad.

Juan Sisinio Pérez Garzón
Universidad de Castilla-La Mancha

FRASER, Ronald, *La maldita Guerra de España. Historia social de la Guerra de la Independencia, 1808-1814*, Barcelona, Crítica, 2006, 932 págs.

El bicentenario de la Guerra de la Independencia prevé un debate historiográfico prolífico. Pero Ronald Fraser, tras doce años de investigación, se adelanta al aniversario publicando una obra en la que trata de reconstruir la historia social de la contienda desde abajo, a partir del recuerdo de las experiencias individuales de las clases trabajadoras. Este enfoque de análisis, tradicional en Fraser, disipa de inmediato el inicial desconcierto ante la temática tratada, bastante alejada cronológicamente de su campo de investigación.

La producción historiográfica del hispanista se ha centrado básicamente en estudios del siglo XX, período del que se ha consagrado como uno de los mayores especialistas. Sin embargo, a semejanza de su libro, ya clásico en la materia sobre la Guerra

Civil española, *Recuérdalo tú y recuérdalo a otros* (1979), en esta ocasión recupera la voz silenciada del populacho a partir de una ingente cantidad de documentos y testimonios de la época. De este modo, el hispanista no rompe con su trayectoria y estilo, pues como en otros tantos estudios –*Hablan los trabajadores* (1970)–, en *La maldita Guerra de España* analiza el devenir cotidiano del pueblo español en combinación con una coyuntura convulsa, representada en este caso por la Guerra de la Independencia. En definitiva, estos desconocidos son los verdaderos protagonistas de su obra, gentes anónimas, cuya participación en la contienda es rescatada del olvido gracias a una minuciosa labor de investigación e interpretación inteligente, a mi modo de ver.

A diferencia de numerosos estudiosos de la Guerra del Francés, cuyos trabajos resultan anodinos y monótonos, Fraser, en un acto de rebeldía moderada a la vez que necesaria, cuestiona determinados planteamientos de acusada aceptación entre los historiadores, adoptando una postura relativamente arriesgada, que tiene como esencia, aunque no única, dilucidar las aspiraciones reales y los motivos que llevaron al pueblo llano a sublevarse contra la invasión gala, y las consecuencias que ello tuvo en sus trayectorias personales.

Entre las aportaciones más sobresalientes de la obra, el rechazo de muchos de los mitos que se crearon

en torno a la contienda no resulta en modo alguno baladí. Así pues, contrariamente a las formulaciones tradicionales, Fraser cuestiona el origen popular y espontáneo de los primeros alzamientos, afirmando que fueron inducidos por agrupaciones fernandistas que utilizaron hábilmente la deplorable situación económica y la incertidumbre política en defensa de sus intereses; actitud que el hispanista equipara, matizaciones aparte, a la protagonizada por un amplio sector de trabajadores empobrecidos que, al igual que sus ricos patronos, utilizaron la guerra como elemento de presión para lograr, en su caso, la mejora de sus salarios. En este sentido, el conflicto bélico, en su vertiente más social, propició un ambiente enrarecido que además de poner en evidencia el marcado sentimiento antiseñorial de la población, hizo emerger toda una serie de reivindicaciones, de carácter socio-laboral básicamente, consecuencia del agravamiento de las desigualdades ya existentes pero que la contienda agudizó.

Ante tales circunstancias no resulta extraño por tanto que, a excepción de determinadas zonas donde fueron las clases trabajadoras las que tomaron la iniciativa para sublevarse (caso de Cataluña o Galicia), en términos generales, la mayor parte de los españoles se mostraron indiferentes ante la invasión, al menos en los primeros momentos, de ahí que iniciada la insurrección, muchos

pueblos se opusieran abiertamente a unirse a la rebelión; hostilidad que destierra otro mito, puesto que desde este nuevo enfoque, el levantamiento tampoco fue tan unánime como se ha asegurado históricamente.

En todo caso, pese a estos puntuales conatos de sedición social que la guerra hizo emerger, la amenaza exterior representada por los ejércitos franceses y por la dinastía de los Bonaparte favoreció en última instancia las pretensiones personalistas de las altas jerarquías españolas. La activa participación de buena parte de las capas sociales más humildes en las guerrillas ejemplifica dicho colaboracionismo, destacado protagonismo que, como señala reiteradamente el hispanista, no supone la exclusión de otros segmentos sociales (caso de los intelectuales), inversamente a lo señalado en numerosas ocasiones.

Como no podía ser de otra forma, Fraser dedica gran atención al estudio de la guerrilla, entendida como la principal respuesta popular frente a la invasión, analizando su origen, su estrategia de acción, así como la procedencia social de sus miembros, entre otros muchos aspectos, destacando uno que por su trascendencia y escaso seguimiento a lo largo de la historia resulta ineludible mencionar. Nos referimos al estudio que hace de la mujer como parte activa y destacada de la lucha contra los franceses y, por tanto, como miembro de la guerrilla, pero también como bastión

esencial de oposición desde la retaguardia; de ahí que su supeditación temática resulte injustificable para el autor.

Los problemas de la guerrilla o del ejército invisible, como lo denomina Fraser, no cesaron a lo largo del conflicto. En términos generales, la guerrilla obtuvo gran simpatía popular, sin embargo, los excesos cometidos contra quienes teóricamente eran sus aliados exacerbaron los ánimos de un pueblo doblemente sometido, tanto por sus enemigos como, paradójicamente, por sus partidarios. En consecuencia, y en contra de lo pensado, las voces discrepantes de los españoles fueron cada vez más destacadas; sentimiento antiguerrillero que facilitó sobremanera la capacidad ofensiva de la contrainsurgencia francesa, cuestión que Ronald Fraser, perseverando en su labor de acabar con las leyendas creadas en torno a la guerra, critica al considerar que la historiografía tradicional la ha infravalorado –la contrainsurgencia– erróneamente.

En segundo término, el autor pasa a cuestionar la uniformidad del patriotismo así como la rápida adhesión de la Iglesia contra la Francia revolucionaria y atea. Para el hispanista, ambas tesis no son más que falsedades heredadas con fines meramente políticos. Y es que al igual que el pueblo, la Iglesia tampoco adoptó una postura colectiva y nacional, especialmente en los primeros momentos de la contienda, escisión ideológica que

explica que parte del clero se negase a predicar desde los púlpitos una guerra religiosa. Al igual que gran parte del pueblo llano, el clero, aunque no en su totalidad, se mostró insensible y cauteloso ante los acontecimientos que se estaban desarrollando, de ahí que pese a los constantes llamamientos emitidos por las diferentes juntas para que cedieran todo aquello que no fuera imprescindible en sus actos litúrgicos, su contribución económica a la causa patriótica fuera escasa, actitud que, siendo condescendiente, podemos definir como paradójica, ya que, al menos en términos teóricos, una de las razones que se esgrimía como detonante del conflicto era la protección del catolicismo. En todo caso, esta no fue más que una de las numerosas paradojas propias de la Guerra de la Independencia.

Otro de los temas que se analiza detenidamente en *La maldita Guerra de España* es la creación de las juntas provinciales y locales, organismos cuya escasa sintonía con el pueblo fue sintomática prácticamente desde el momento de su formación. Pese a haberse constituido como efecto seguido de los disturbios y con el propósito de cubrir el vacío de poder existente, las juntas no lograron levantar demasiado fervor popular. Por el contrario, el alejamiento entre éstas y el pueblo fue cada vez mayor, irritación popular claramente materializada a través de la convocatoria de movilizaciones que clamaban su

restitución por gobiernos populares, tal y como sucedió en Valencia o Alicante. Huelga decir que el éxito de la Junta Suprema, causante de muchos de los males de las anteriores, no fue mucho mayor, puesto que tuvo que hacer también frente a numerosas adversidades, entre ellas, las financieras, fatalidades que explicaban los exiguos resultados logrados en materia bélica por ésta y su definitiva sustitución en 1810.

Aunque Fraser toma como punto central de estudio los dos primeros años de la contienda, por ser sin duda los más terribles, el hispanista hace un seguimiento sistemático de la guerra, si bien la dedicación que ofrece a los últimos años de ésta no es tan profunda. Dicho contraste, o trato desigual, pero en ningún caso marginal, responde a la primacía que para el Ronald Fraser tiene el protagonismo del pueblo en coyunturas históricas desfavorables y los consiguientes cambios de la estructura e idiosincrasia social. Y es que no hemos de olvidar que fue en los primeros años del conflicto cuando el vacío de poder facilitó el nacimiento de nuevos ideales, en lo que al sistema de poder se refiere.

En resumen, nos encontramos ante un trabajo modélico, cuya lectura, a pesar de su densidad, resulta atractiva y en modo alguno insulsa y repetitiva, a la par que alejada de tópicos, desmitificación para la cual el autor ha hecho uso de una ingente

cantidad de fuentes documentales, sin duda, uno de los más destacados logros de la obra. El segundo, la perspectiva social desde la que se ha enfocado el estudio y a partir de la cual ha narrado la historia de la guerra, empleando la voz de quienes, a pesar de su innegable protagonismo, han sido abocados repetidamente al oscurantismo histórico; hablamos pues del pueblo llano, de los obreros, de sus mujeres y de todos aquellos cuyas anónimas vidas cimentaron la historia social de la España que luchó contra el invasor francés, pero no sólo contra él, al menos en los momentos iniciales del levantamiento.

Antonio J. Piqueres Díez
Universidad de Alicante

QUIROGA FERNÁNDEZ DE SOTO, Alejandro, *Haciendo españoles. La nacionalización de las masas en la dictadura de Primo de Rivera (1923-1930)*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2008, 384 págs.

El libro del profesor Quiroga examina los discursos y el programa de adoctrinamiento nacionalista elaborados en España durante la Dictadura de Primo de Rivera, prestando atención a las ideas, símbolos y mitos adscritos a una nueva religión política secularizada que se fue difundiendo a